

que constan de pocos individuos, como las de la bahía de Hudson, ocupan simplemente algunas porciones de terreno. Pero con el tiempo subdividiese esta propiedad, á la que ningún medio coercitivo da seguridad ni permite prosperar, dejándose sentir y prevaleciendo en aquellas relaciones primitivas la verdadera naturaleza humana, con su ilimitada tendencia á la propiedad. Los mismos australianos y los esquimales, tan atrasados desde el punto de vista social y político, y á quienes corresponden doscientas millas cuadradas por individuo, se apoderan por tribus ó por familias de ciertos trozos de tierra y consideran como enemigo al que, sin su permiso, penetra en ellos ó los explota. El trazado de límites más ó menos dilatados depende de la cantidad de alimentos que un país ofrece y de la aptitud de los que lo habitan para utilizarse de ellos. Lo primero lo demuestran suficientemente los países fríos y húmedos, pobres en vegetación y por ende en animales, á consecuencia de lo cual sólo alimentan á un reducido número de individuos ó son completamente deshabitados, como muchas islas de las dos regiones polares y extensos territorios áridos y desiertos. Lo segundo lo vemos confirmado por la densidad desproporcionada de la población de los fértiles prados del Sud de Rusia ó del Norte de América, en donde únicamente el estado de la cultura, no la naturaleza, se opone al aumento de la población. Ya se comprenderá que una familia que se alimente de la caza necesita mayor espacio de territorio que otra que cultive la agricultura, como también que los pastores nómadas hayan de buscar más vastas llanuras que los ganaderos sedentarios. En todos los tiempos y países se han dejado sentir estos antagonismos, y al estudiar los pueblos de las estepas veremos aparecer ante nosotros grandes consecuencias históricas, especialmente las nacidas de la diferencia entre pastores nómadas y agricultores sedentarios; antagonismos subsistentes en la actualidad, en que han sido conscientemente fomentados y robustecidos, ejerciendo la misma influencia que tuvieron en la antigüedad más remota. Ciertamente ahora no producen ya sangrientas luchas, pero en cambio son más fructíferos en la producción de interminables choques de los cuales se desprende el destructor veneno de los odios inextinguibles.

No hay ningún pueblo comunista, pero la noción de propiedad no se encuentra desarrollada de una manera igual, en todas las tendencias, entre los pueblos naturales nómadas que como á tales viven muy sueltos. Estos suelen tener hacia sus rebaños una afición que raya en la avaricia, y en cambio no permanecen en sus propiedades más que el tiempo necesario para el pastoreo y con facilidad cambian de tierras. Muchos respetan la propiedad encerrada en un cofre, mientras que la no guardada así la consideran libre como el pájaro. Lo que choca desde luego al europeo, al encontrarse entre los pueblos pastores del África, y lo que, apenas entrado en aquellos territorios, le hace comprender claramente que no se encuentra oprimido por la cultura europea, es la esterilidad de los derechos de propiedad en determinados sentidos. Dice el misionero Büttner hablando del país de Damara: «Ciertamente que las pisadas del caminante y las carretas de bueyes han abierto una especie de camino al través de la espesura, especialmente en aquellos puntos en que, entre dos lugares importantes, se ha practicado como un camino vecinal; pero nadie se ha cuidado de conservarlo ni de utilizarlo más que durante el tiempo en que ha tenido que servirse de él, de suerte que no tiene más importancia que los vericuetos abiertos por las cebras ó los caminos hechos por los rinocerontes que en aquellos países conducían á las lagunas mucho antes de que el hombre apareciera en ellos. Si me atrevo á llegar, aun sin camino

practicado, allí donde la intención me lleva, nada me impide torcer á la derecha ó á la izquierda y abrirme una senda nueva. Si mis animales de tiro están cansados del viaje, podemos tendernos donde yo quiera: dejo que mis bueyes pasten donde quiera que me parezca haber encontrado hierba para ellos. Con la leña que más á mano se me viene, guiso mi comida, sin pedir permiso á nadie y sin que nadie crea que he atentado á sus derechos ó que he menoscabado su propiedad. Si me gusta el lugar donde he hecho alto, si encuentro allí algo que me captive, como un manantial abundante, ó un campo de pastos, ó una fértil huerta, puedo permanecer allí el tiempo que se me antoje y construirme una casa tan grande como me plazca. Sin embargo, si me establezco en un lugar determinado, debo consentir que otros encuentren también abundante el manantial y fértil el campo, y que conduzcan á él sus rebaños: y la costumbre de los hereros, para hacer á uno insoportable un sitio á pesar de todo el comunismo, consiste principalmente en que los nuevos huéspedes lleven tantos rebaños y establezcan tantos puestos de ganados en el lugar escogido por el mal mirado inmigrante, que éste, cansado de tanta molestia y viendo el terreno de hecho devastado, resuelva abandonarlo.» En contraposición á esto, encontramos entre los extensos pantanos del territorio del alto Nilo, habitado por una población numerosa, lagos y estanques que son respetados, de la misma manera que los campos y viñedos europeos, como valiosa propiedad, pues durante las inundaciones proporcionan peces y granos de lotos, que constituyen la alimentación casi exclusiva de los pueblos pescadores. Sabemos, también, que entre los pueblos cazadores se establece y determina el derecho sobre ciertos territorios de caza. Los indios cazadores de búfalos de las praderas norteamericanas se detienen ante ciertos límites trazados por la misma naturaleza. Los beshuanes pagan aún en la actualidad un tributo por sus productos de caza á los bosquimanos, porque según parece, éstos eran los antiguos dueños de aquellos territorios de caza. El caudillo de un distrito exige asimismo una parte determinada de los botines cinegéticos. Los mismos hereros, de cuya falta de desarrollo del sentimiento de la propiedad territorial hemos presentado algunos ejemplos, se guardan muy bien de ceder á un extranjero esa propiedad cinegética. El conocido cazador y comerciante, Anderson, habla conseguido de algunos caudillos que le cedieran por escrito los lugares y territorios más ricos é importantes del país de Damara; mas para los conocedores del país es indudable que el tal documento, en opinión de los indígenas y según aquellas costumbres, no podía tener otro valor que el de permitir á Anderson explotar la comarca junto con los demás hereros y de la misma manera que éstos lo hacían.

El trabajo que hace productiva á la tierra es el único origen de la propiedad sólida y duradera, la cual, á su vez, fortalece la vida de los pueblos con sus fructíferas arterias. Según que el trabajo escaibe bien la tierra ó que sólo toque á su superficie, los productos han de ser muy diferentes. Ya en otro lugar de nuestra introducción hemos indicado la importancia de la agricultura, como trabajo que penetra profundamente en la tierra: lo que detrás de ella viene, como la caza, la pesca y la vida pastoril nómada, no crea más que una propiedad efímera que no comprende ni cultiva el manantial de donde nace. En la agricultura, por el contrario, encontramos firmeza y profundización, las cuales contribuyen poderosamente á que adquieran cierta consistencia otras ramas de la actividad humana. En este trabajo constante y en la recolección de los frutos del mismo descansa todo superior desarrollo de las fuerzas de la hu-

manidad. Precisamente en las esferas inferiores de la cultura la acumulación de la riqueza es asunto de capital importancia, pues sin riqueza no hay descanso y sin éste no son posibles ni el ennoblecimiento de las formas de la vida ni el progreso intelectual. El exceso notable y constante de la producción sobre el consumo engendra el exceso de propiedad, que, en virtud de las leyes económicas, aumenta á su vez y permite la formación de una clase inteligente. Un pueblo pobre no desarrolla ninguna cultura y los pueblos de cultura relativamente pobre están siempre por encima de los que no tienen ninguna y viven, por decirlo así, al día. Esta influencia la notamos al considerar que la civilización del Asia se encuentra siempre limitada á las ricas comarcas del país bajo, desde el Este de la China meridional hasta las fértiles vertientes del Asia menor, de Fenicia y de Palestina: al Norte del cinturón que forman estos países residen hordas nómadas siempre pobres, á las cuales no les faltan ciertas condiciones, puesto que apenas descienden á los territorios bajos se convierten en excelentes agricultores. El Egipto es un oasis de cultura, de la misma manera que es un oasis por su vegetación y por su clima, dos elementos que han concurrido á producir la primera. En Europa se ha realizado algo semejante, pero en ella vemos las favorables condiciones de suelo y de clima superadas por las excelentes disposiciones de los trabajadores, cuya energía garantiza á la cultura un progreso más seguro que la misma riqueza natural. La fuerza de la naturaleza es, por su misma índole y en medio de su grandiosidad, limitada y estacionaria, mientras que la fuerza intelectual del hombre es inagotable. El mejor terreno acaba por extenuarse, al paso que las generaciones extenuadas son sustituidas por otras generaciones vigorosas. Partiendo de esta base la agricultura ha adquirido en las zonas templadas mayor desarrollo que en las demás. Esta fuerza hubo, sin embargo, de desenvolverse por medio de un trabajo lento y constante, y el desenvolvimiento agrícola es, entre otras cosas, una educación progresiva hacia el trabajo. Nos referimos al verdadero trabajo económico, es decir, al trabajo cuyo objeto es la adquisición de bienes de la tierra, pues si en los pueblos más civilizados la cuestión de su trabajo, de sus adquisiciones, de su patrimonio, de su alimentación, de su

vestido y de su lujo, tiene extraordinaria importancia y su resolución ha de anteponerse á las aptitudes intelectuales, ¡cuánto más trascendental no debe ser allí en donde las conquistas espirituales son todavía escasas y en donde la acumulación de la ciencia se forma lentamente mediante la tradición de una generación á otra!

Es indudable que todos los hombres han de trabajar para vivir, pero pueden vivir miserablemente, con tal de trabajar menos, y esto es precisamente lo que acontece entre los pueblos naturales, cuya existencia consiste las más de las veces simplemente en vivir al día. El hombre natural verifica, en conjunto, un trabajo no menor del que realiza el hombre civilizado, pero lo verifica sin regla fija y á saltos. La vida de los bosquimanos se distribuye entre la caza,—que muchas veces les obliga á seguir los rebaños días enteros en medio de grandes penalidades,—consumir lo cazado y vivir ociosos hasta que la necesidad les obliga á hacer nuevos esfuerzos. Lo que al hombre natural repugna es el trabajo regularizado; quiere poder ser perezoso cuando se le antoje y no trabajar más que en los casos de necesidad extrema. De aquí el signo de invencible apatía que en su fisonomía se retrata y que puede decirse que casi siempre le caracteriza. Siéndole imposible reconocer al marqués de Lorne, durante su viaje al Noroeste del Canadá, en medio de aquella mezcla indio-francesa-escocesa, al verdadero indio, recomendó uno de los que le acompañaban que se fijara en esa indeleble apatía que era el signo infalible que diferenciaba al verdadero indio del mestizo. Sean cuales fueren las evoluciones que estos pueblos sufran, en todas ellas le acompaña ese rasgo de la repugnancia hacia un trabajo constante y regular. Un amigo y conocedor del África occidental decía recientemente: «Nunca he encontrado al negro desafecto al trabajo cuando tiene en perspectiva la recompensa segura del mismo, pero carece de paciencia para esperar el resultado.» Por esto muestra también repugnancia á aprender un oficio. Esta repulsión da origen, en gran parte, á las aficiones mercantiles que demuestran dichos pueblos, lo cual vemos comprobado por el hecho de que una quinta parte de la población de Sierra Leona se compone de mercaderes y especialmente de tenderos.

EL ESTADO

Todos los pueblos viven unidos por los lazos del Estado. — Desenvolvimiento del Estado. — Los agricultores y los pastores, como formadores de Estados. — Signos distintivos de las primeras formaciones de Estados. — Causa primordial de la soberanía despótica. — Fuerza de los caudillos. — La guerra. — Causas de su frecuencia. — Funestas consecuencias del estado de guerra permanente. — Desconfianza general. — Escasez de alianzas. — Distintos grados de las mismas. — Guerras aparentes. — Las fronteras. — Falta de cohesión en los primitivos Estados.

Ninguno de los pueblos que conocemos carece de organización política, por más que unas veces sea tan poco fuerte como entre los bosquimanos, cuyos grupos pequeños y formados para la caza ó para la rapiña se encuentran, á temporadas, sin jefes, y que otras tribus diseminadas y de inferior cultura se mantengan sólo unidas por la superstición ó por la costumbre. Lo que los sociólogos llaman «individualismo» no se encuentra en parte alguna del mundo sino en forma de fenómenos aislados, siendo, por el contrario, notable observar cuán rápidamente sobre las ruinas de los pueblos antiguos se constituyen otros nuevos. Este es el curso que constantemente observamos. Lichtenstein se expresa perfectamente cuando dice: «Los pueblos nómadas cambian con sobrada frecuencia de residencia, de

estado moral y aun de nombre, para que sea posible distinguirlos unos de otros como verdaderas masas populares. Cada tribu aislada no es, en cierto modo, más que un fenómeno pasajero, y de aquí que se vea absorbida por otra más poderosa ó que, en los casos más felices, se divida en pequeñas hordas, de las cuales unas se dirijan á un punto y otras á otro, y que, transcurridas algunas generaciones, nada sepan éstas de aquéllas.» Pero aun en esto se observa marcadamente el principio de autoridad, demostrado con sólo tener en cuenta que estas modificaciones políticas llevan constantemente impreso el carácter de una circumscripción y no el de una descomposición informe. La organización que subsiste es, por regla general, de corta duración, pues cuanto más dura, más sólida se hace y por

ende aparece más intolerable. Uno de los caracteres que distinguen al hombre civilizado es el de acostumbrarse á la presión de las leyes. La leyenda que hace derivar el poderío de Roma de una cuadrilla de bandidos, está sancionada por lo que con frecuencia acontece en muchos pueblos naturales. Puede con toda seguridad afirmarse que al lado de un Estado constituido por indígenas y dotado de un orden relativo, siempre se forma otra comunidad, compuesta de individuos de la misma tribu que no pueden soportar el orden ó que, por lo menos, lo consideran contrario á sus intereses. Este engendro, no sujeto á ley alguna, llega á adquirir á veces, — por la misma independencia de toda traba legal y de toda consideración á las relaciones de familia y de tribu, y aun por la proscripción misma que lleva á él á los más atrevidos y desheredados de todas las tribus vecinas, — una fuerza que da á sus rapaces correrías las proporciones de verdaderas expediciones conquistadoras y que puede convertir á un pueblo de bandidos en un pueblo de conquistadores y dominadores. El robo y la conquista tienen muchos puntos de afinidad. En todas aquellas comarcas en que los pueblos naturales encuentran libre espacio para desenvolver sus tendencias, han desempeñado un importante papel histórico estas tribus rapaces. A este efecto, podemos recordar la tribu zulú de los rapaces watutas, que desde hace veinte años tiene en constante alarma un territorio de más de 20,000 millas cuadradas y cuyas hazañas, combinadas con el desenvolvimiento de las investigaciones europeas y del comercio árabe en los territorios de Nyassa y Tanganika, la han conquistado una triste celebridad. Es muy probable que su hábil caudillo, Mirambo, á no haber sido perseguido de muerte por los árabes, hubiera intentado fundar una fuerte soberanía y una dinastía que, todo lo más, podía durar una generación para luego sucumbir en nuevas luchas. En igual sentido, aunque en mayores proporciones, obran las tribus piratas de los malayos.

¿Es esta continua lucha el estado primitivo de los pueblos más incivilizados? A esto puede contestarse que hasta la actualidad ni siquiera los pueblos cultos han podido evitar las luchas entre sí, y que nuestro estado de paz ha exigido siempre, en lo que la memoria humana recuerda, permanentes armamentos. La diferencia estriba en que entre nosotros las luchas encarnizadas están interrumpidas por largas pausas de calma exigidas por la civilización misma, al paso que entre aquellos pueblos el estado permanente es muy análogo al que durante la Edad media producía el derecho del más fuerte. Debemos, sin embargo, hacer constar que entre los pueblos naturales hay poblaciones y caudillos pacíficos. En este punto, no hacen aquéllos más que lo que la generalidad hace, sólo que obran menos hipócritamente que nosotros. ¿Quién podría arrojar sobre ellos la primera piedra tratándose de luchas y de guerras, que nosotros tanto lamentamos y con las cuales no podemos, sin embargo, acabar? ¿No es, por ventura, el principio de que no merece la libertad quien no lucha por ella, un principio fundamental universalmente reconocido, que en ningún grado de cultura aparece tan tenaz y tan sancionado como en el grado superior? No olvidemos, por último, que las guerras más sangrientas y más funestas de los pueblos naturales no han sido las que han sostenido entre sí, sino las que han hecho contra los europeos, y que las violencias y crueldades entre ellos mismos cometidas no pueden compararse con las que trae consigo la codicia de los extranjeros civilizados, en su mayor parte europeos, que da lugar á la trata de esclavos y á la caza de éstos que es su vergonzosa consecuencia. Cuando el más tierno y justo de todos cuantos han formulado juicios sobre los pueblos naturales,

David Livingstone, pudo escribir en su último diario de viaje las siguientes palabras: «El principio de una paz incondicional conduce á la indignidad y á la injusticia.... el espíritu de lucha es una necesidad de la vida del hombre: cuando los hombres no lo poseen en mayor ó menor grado, véanse expuestos á tratos indignos y á humillaciones;» cuando esto pudo escribir Livingstone, repetimos, bien podemos creer que el carácter inevitable que reviste la lucha entre los hombres debe ser un hecho que se impone, puesto que aquel gran misionero no se creía llamado á misión más alta que la de llevar la paz á los belicosos campos del África.

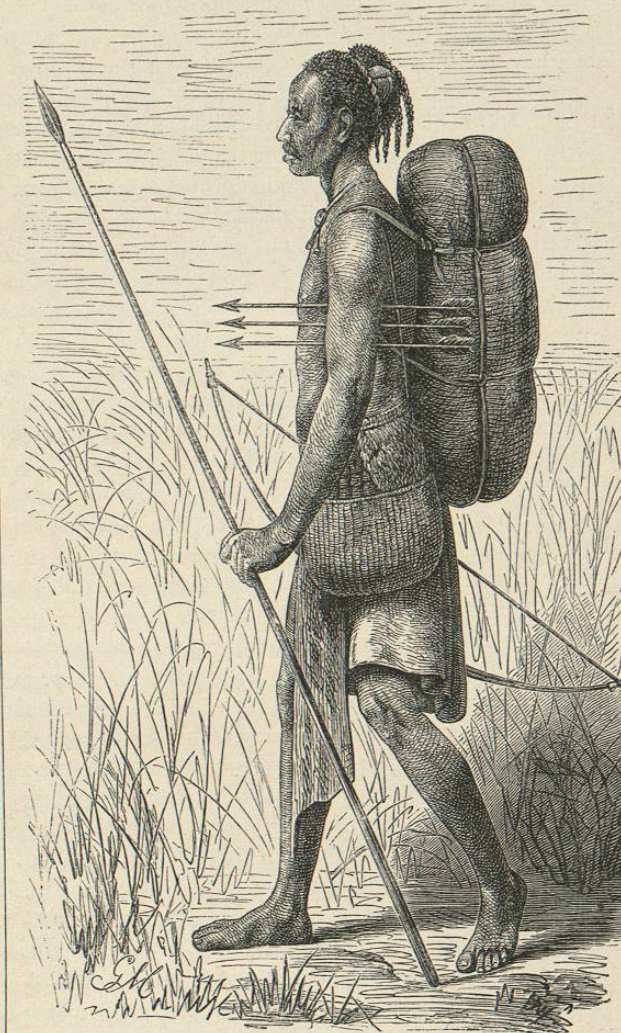
Pero este estado de lucha no excluye las organizaciones políticas, sino que, por el contrario, supone su preexistencia: no es el *bellum omnium contra omnes*, sino que presenta una fase de desenvolvimiento de la vida popular que de mucho antes ha venido constituyendo Estados. El paso más importante de la rudeza á la cultura lo forma el hecho de abandonar el individuo el estado de aislamiento ó de soledad completo ó temporal, que está íntimamente unido con los grados inferiores del humanismo natural. Todo cuanto tendía á la creación de sociedades era de excepcional importancia en los primitivos estadios del desenvolvimiento de la civilización. Los principales impulsos en este sentido debieron ser á la lucha con la naturaleza tomada en su acepción más lata: la necesidad de proporcionarse alimento pudo, en primer término, crear relaciones parecidas á las que vemos nacer de la caza y de la pesca en común. En esta última constituye una ventaja importantísima, como condición previa para el gobierno de la embarcación, la disciplina de las tripulaciones, que, en sus grandes lanchas de pesca, eligen un jefe, al cual todos han de obedecer incondicionalmente, pues de la obediencia depende el éxito; y decimos que constituye una ventaja, porque el gobierno de la nave facilita luego la gobernación del Estado. La navegación es indudablemente el único elemento en alto grado disciplinador y agrupador de fuerzas en la vida de los habitantes de la isla de Salomón, que figuran en el número de los pueblos salvajes. El movimiento acompasado de los remos en las grandes canoas que manejan algunas docenas de hombres; la reunión de una flotilla dirigida por algunos botes que navegan delante de ella; los viajes hechos de esta suerte á centenares de millas de distancia; todo esto son principios de una agrupación de fuerzas y de una subordinación que luego el tiempo ha venido á confirmar y á desenvolver. El agricultor no sentirá nunca un impulso tan poderoso que le lleve á unirse con otros, puesto que vive aislado; pero no le faltan tampoco motivos para agruparse. En efecto, el agricultor tiene un patrimonio y en este patrimonio acumula un capital de trabajo; y como este trabajo no ha de ser nuevamente hecho por el que herede ese patrimonio, explícate por sí misma la continuidad de la propiedad y por ende la importancia del parentesco de sangre. En segundo lugar, encontramos siempre á la agricultura enlazada con la tendencia hacia la mayor densidad de la población, y como esta población está en íntimo contacto y traza sus límites, de aquí que, como toda agrupación de hombres que vivan en un mismo trozo de tierra, se creen intereses comunes. Existen algunos Estados pequeños y embrionarios que pueden ser considerados como gérmenes de Estados agrícolas. Entre los pastores y los nómadas, la formación de Estados avanza más rápidamente en la misma proporción que aumenta la necesidad de agruparse, y puede decirse que está en la esencia misma de sus ocupaciones. La familia, en estos pueblos, tiene mucha mayor importancia que en los agríco-

las, y en cambio en los primeros la posibilidad de una población más densa es menor y aun muchas veces no existe. El pastor necesita ancho espacio; por esto la poca densidad de población es compañera casi inseparable de la vida pastoril: pero también su patrimonio exige mayor custodia, la cual se consigue con la agrupación de las familias. Es mucho más conveniente, desde el punto de vista económico, que muchos vivan de un solo y grande rebaño, que no que éste se fraccione, pues esto último, además de dificultar la custodia, da origen á continuas luchas. Un rebaño se dispersa fácilmente, de aquí que su cohesión haya de ser con energía mantenida. No es, pues, un hecho casual el de que en parte alguna tenga la familia tanta importancia política como entre los nómadas: en éstos, el elemento patriarcal de la formación de tribus y de Estados, encuentra el sello más marcado, y así como en los Estados cazadores el centro está constituido por el más fuerte, en los pastores lo está por el más anciano.

Existe cierta tendencia á considerar muy antiguo el despotismo como una forma de desarrollo inferior al Estado jurídico y á creer que á él se ajustaron los comienzos de la vida pública; pero en contra de esta teoría existe el hecho de que el hombre primitivo no quiso soportar más que la menor cantidad posible de cargas y de deberes, y de que todas las circunstancias externas dentro de las cuales se formaron esos Estados eran desfavorables al desenvolvimiento de una soberanía vigorosa. El despotismo es abiertamente contrario al concepto patriarcal que sirvió de punto de partida á la formación de tales Estados. Los más próximos allegados del caudillo no se encontraban tan por debajo de éste que fueran á confundirse con la población dominada, y ellos por sí solos bastaron para dar un carácter más oligárquico al gobierno. La soberanía despótica, cuyas huellas encontramos en todos los pueblos menos civilizados, aun en aquéllos cuya forma de gobierno es republicana, tiene su fundamento no en la fuerza del Estado ó del caudillo, sino en la debilidad moral del individuo, quien admite impotente el despotismo que sobre él pesa y se convierte en esclavo, porque aun cuando desea ser libre, carece del valor moral necesario para imponer las limitaciones que el bien de la comunidad exige. Todos los que le rodean no son para él sino enemigos: el fantasma de la igualdad general no aparece entre los salvajes ni en el estado de naturaleza. De aquí que en cuanto el individuo llega á adquirir cierta fortaleza individual, el pueblo natural siente cierto presagio de libertad que, si bien no pasa de presagio, no por esto es menos sorprendente. Estos pueblos tienen el sentimiento de que con un estado de madurez más tranquilo, este germen se desarrollaría y haría entrar en juego, en provecho de la civilización, fuerzas individuales de mayor valía. La poca importancia que á los caudillos de los maories, zulús, etc., simplemente como á tales, se concede, si además no son valientes guerreros y no han dirigido por lo menos una guerra; el carácter voluntario que reviste el servicio militar, que no obedece á una coerción sino á un deber moral; la libertad de expresar las opiniones y sobre todo la insuficiencia de medios reales de fuerza de que puede disponer un caudillo; y por último la frecuencia de las revoluciones tramadas contra los caudillos, que tan á menudo estallan, por ejemplo, entre los indios norteamericanos; todo esto hace que el despotismo tenga poca fuerza entre estos pueblos. No así las injusticias, pues para contenerlas falta la firmeza del sentido jurídico.

Todo pueblo tiene sus preceptos de derecho que, en la mayor parte de los pueblos naturales que conocemos, fluctúan hasta llegar al derecho de propia defensa y á la remi-

sión de la pena por dinero. No se habla en ellos de la majestad de la ley, sino simplemente de la indemnización del que ha resultado perjudicado por algún delito. Entre los malayos, por ejemplo, el derecho de propia defensa rige cuando se aprehende infraganti al criminal, siendo permitido hasta matar al ladrón; y en cambio está prohibida la compra de la pena, es decir, la multa: lo propio sucede entre los pueblos negros. El derecho de venganza, más ó menos desarrollado, se encuentra en la mayoría de los pueblos



Un vendedor de pescado mrúa: África central (según Camerón)

naturales. Las barreras levantadas por la ley son mucho más latas en los pueblos de cultura ínfima, porque el sentido jurídico del individuo no es bastante vigoroso. La violencia tiene, pues, mucho ganado en los pueblos inferiores como en los de civilización más elevada, reduciéndose más ó menos la esfera individual según sea mayor ó menor la resistencia ó la defensa que se le oponga.

La soberanía recibe un considerable refuerzo al juntarse con el sacerdocio: todos los Estados tienen una tendencia más ó menos marcada á la teocracia, llegando muchas veces la importancia del sacerdote á sobreponerse, dentro de la personalidad del caudillo, á la del imperante. Los débiles caudillos de Melanesia apelan al místico sistema Duk-Duk para no ser completamente impotentes; y en África corresponde á las funciones del caudillo hacer expiar las faltas á su pueblo por medio de exorcismos, cuando se ceba en él la cólera de los poderes infernales; pedir para él al cielo toda clase de beneficios, etc., lo cual no impide que un sacerdote poseedor de mejores fetiches oscurezca la influencia del caudillo.